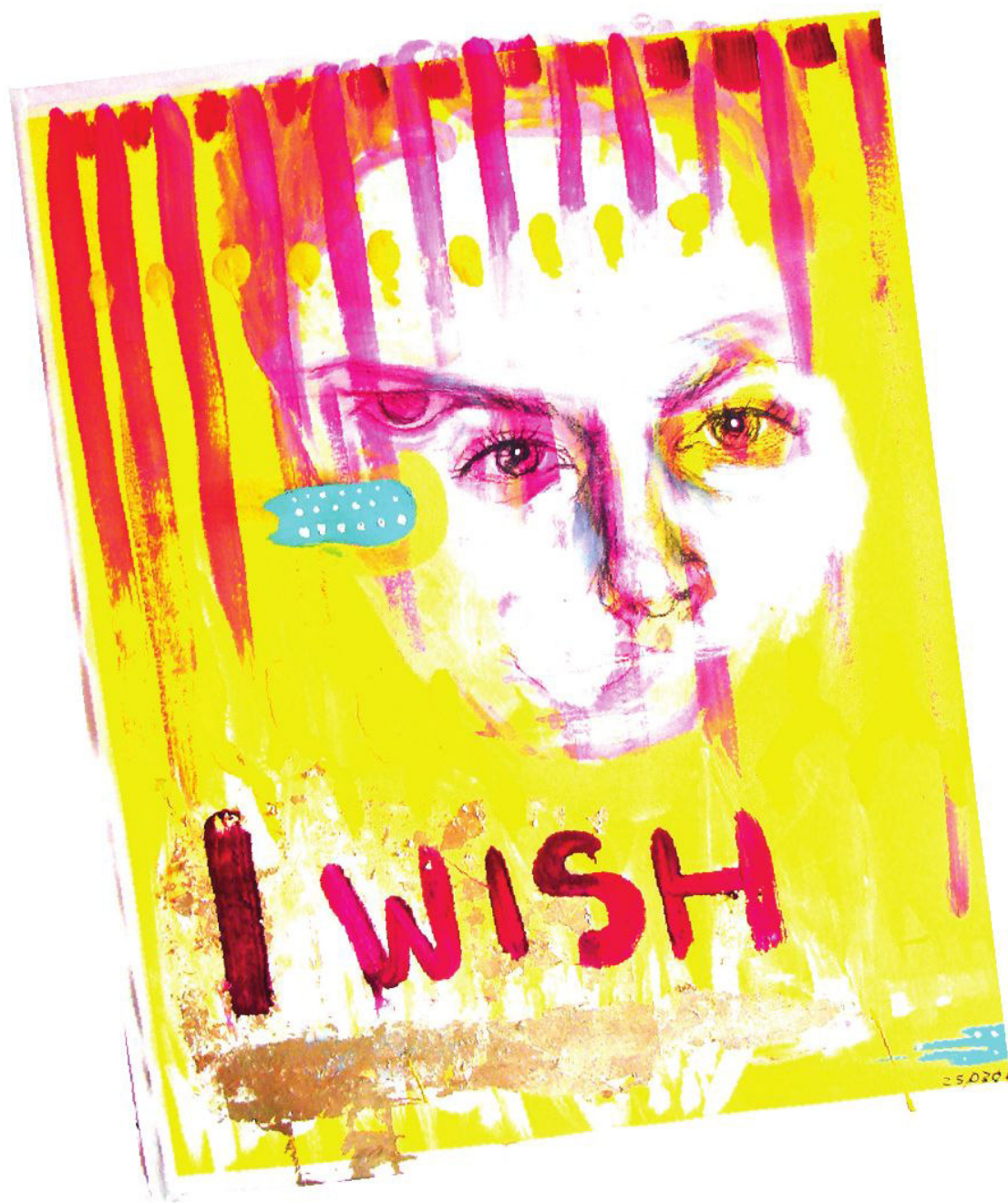


Así hablaba
ZINGANOL

MANUEL R. MONTES



I WISH / ACRÍLICO, PASTEL Y HOJA DE ORO SOBRE PAPEL / 70 X 90 CM

A los treinta años de edad Zaratustra escapó del armazón tramado por las convenciones urbanísticas y tuvo a bien resguardarse en el útero de una cueva. Allí volvería a la imperturbabilidad del feto, con la suficiencia de poder meditar sin exabruptos. Dos lustros más tarde la soledad fraguó una filosofía nueva en la mente del asceta. Supo éste que había llegado el momento de revelar su verdad a los hombres. Sin embargo, poco antes de que abandonara la caverna que había sido su monasterio, Zinganol lo retuvo de súbito, con dislate. Zaratustra le dio una calurosa bienvenida y se aprestó a escucharlo.

OBRA MAESTRA

(DEL HIJO Y DEL MATRIMONIO)

Hablaron, primero, de la paternidad. Zinganol entornó los ojos. Aludió a su misantropía y a la dificultad que representaba para él el hecho de estar enamorado. Reticente al desplazamiento, atrapado en el círculo infinito de sus cavilaciones, rondaba a Isaura, su depositaria platónica, como un centinela, sin hablarle, sin aventurar el movimiento preciso. Comprobaba con ello su teoría de que el soltero, “para avanzar, necesita ser padre”. “Y la paternidad asusta —deprecó Zinganol, porque sus responsabilidades son eternas”.

Zaratustra no pudo sino ofenderse —el recién llegado le pareció, de entrada, un pusilánime—, por lo que adelantó la primera interrogativa: “Tengo para ti, hermano mío, una pregunta, que arrojo como sonda para conocer la profundidad de tu alma: ¿Eres tú un hombre que tiene el *derecho* de desear un hijo?” Zinganol contestó: “Con un hijo, yo perdería la paz para siempre. No es que yo quiera dirimir esta cuestión con orgullos o necias pretensiones. ¿Quién enmendará la plana de la fecundidad?” Zaratustra le atajó con otra pregunta: “¿Eres un victorioso, vencedor de ti mismo, soberano de tus sentidos, dueño de tus virtudes? Eso es lo que te pregunto”.

Zinganol sacudió la cabeza. En el arsis de su gesto anidó la incertidumbre. Iba a manifestar su perplejidad con un comentario lacónico de emergencia, pero el profeta lo fulminó con un dardo imperativo: “Yo quiero que tu victoria y tu libertad se perpetúen en un hijo. Debes erigir monumentos vivientes a tu victoria y a tu liberación. No solamente se debe reproducir la raza, sino superarla. Debes crear un cuerpo de esencia superior, un primer móvil, una rueda que gire sobre sí misma; debes crear un creador”.

Zinganol, capcioso, le explicó al profeta que un vástago podría nutrir sus ideales desde la incubadora intangible de la conciencia. Que ser hombre no obligaba a procrear hombres. Que Cristo, por ejemplo, hacía las veces de padre sin haber disgregado su simiente. Zaratustra se inflamó: “¡Quédese lejos de mí ese dios cojitranco que bendice lo que no ha unido!”, a lo que su interlocutor, permitiéndose el aumento de volumen en su voz, se aprestó a replicar: “Pero mi hijo negativo lleva tiempo de existir. Existe en la gloria trascendental que ni sus ojos ni su frente se agobien con las pesas del horror, de la santidad, de la belleza y del asco. Aunque es inferior a los vertebrados, en cuanto carece de la dignidad del sufrimiento, vive dentro de mí como el ángel absoluto, prójimo de la especie humana. Hecho de rectitud, de angustia, de intransigencia, de furor de gozar y de abnegación, el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra”. Zaratustra, levemente estremecido, reconoció en Zinganol un alma sublime, empero, al sopesar la verosimilitud de un ser inexistente tildado de primogénito, balbució para sí, compadeciendo a tal criatura nonata, encarcelada tras los barrotes de una idea perversa: “¿Qué hijo no tendría razón de llorar a causa de sus padres?”, tras lo cual no hubo en la caverna sino una prolongación inmarcesible de mutismo.

MI PECADO

(DE LA CASTIDAD)

Como a todo asceta, a Zaratustra le asaltó la imagen de una mujer cuya belleza despedazó el concreto de sutiles reflexiones hasta entonces amasado. Al abrir los ojos se percató de que Zinganol seguía siendo su acompañante, encorvado frente a él, observando su rostro con la paciencia de un niño. El profeta apostó una pregunta: “¿No es preferible caer en las manos de

un asesino que en los sueños de una mujer ardiente?” Zinganol, luego de asentir con el educado descenso de su cuello, habló de su pasión contenida, de su lascivia, del coito visual que saciaba, patéticamente, su insospechada lujuria. Trajo a cuento su experiencia con la hija de cierto notario: “Desde la siniestra imparcialidad con que estoy mirándola, me confieso traidor, egoísta, necio”. Su evocación lo embutía en un presente anacrónico y, en efecto, parecía ver a la muchacha aludida, estacionada con su “cabellera goteando constelaciones” entre él y Zaratustra. “En las efemérides de mi flaqueza, es ella, en realidad, mi único pecado”.

El profeta no logró disimular su irritación. Las palabras de Zinganol carecían de sentido. ¿Cómo sentirse culpable de un acto meramente hipotético? Despreciando en su fuero interno a los hombres que no podían aplacar sus instintos a causa del estorbo llamado *moral*, Zaratustra profirió: “¡Si al menos fueseis animales perfectos! Pero para ser animales hace falta la inocencia. ¿Es que os recomiendo que matéis vuestros sentidos? Os recomiendo la inocencia de los sentidos. ¿Es que os recomiendo la castidad? En algunos la castidad es una virtud, pero en muchos otros es casi un vicio”. Zinganol se supo aludido, y esquivando la torva mirada del profeta, declaró que su encuentro con la hija del notario lo había marcado para siempre: “A partir de entonces hay alguien que puede hablarme de arriba a abajo”. Zaratustra, a regañadientes, le explicó a Zinganol lo que él denominaba como *perra sensualidad*: “Ese animal les sigue (a los hombres) con su discordia aún en las alturas de su virtud”, y el escucha, ensimismado en su pesadumbre, recitó: “Viejo pecado... te ofrezco mi voluntad de permanecer inferior a ti. Quiero hablarte siempre desde abajo”. El profeta se quedó pensativo. Luego, recargando su mano en el hombro de Zinganol, dijo: “Verdaderamente, hay quienes son castos por esencia: son de corazón bondadoso...”

LA ÚLTIMA FLECHA (DE LA MUERTE VOLUNTARIA)

Zinganol siguió con sus alocuciones. Confesó haber planeado el suicidio en renovadas estrategias que estancaron su meta, a veces, en el llanto. Aún así, envalentonado contra esa despechada aceleración de la muerte, Zinganol admitió que el desgaste era irrefrenable: “Hemos sido suicidas y lo seguiremos siendo. Sólo los inmortales no se suicidan. Nosotros, pobres Anquises y miseras Ledas, nos gastamos sin

remedio, por más que la divinidad nos penetre”. Zaratustra, si bien deploraba el suicidio, coludió: “Hay muchos que mueren demasiado tarde, y algunos demasiado pronto. La doctrina que dice: ‘muere a tiempo’, parece extraña aún... Ciertamente es que el que jamás supo vivir a tiempo no sabrá morir a tiempo. ¡Que no nazca jamás!” Zinganol echó en cara al profeta su falta de coherencia, recordándole la conversación anterior sobre la paternidad. Argumentó que, si alguien no nacía a tiempo, no viviría ni moriría a tiempo, tal como su “hijo negativo”. Acudió al ejemplo de los infantes que mueren al nacer, “inocentes degollados” que “teñirán de tragedia su arco sin estrenar”, en contrapartida a los que desaparecen en la cumbre de su decrepitud: “La vejez será, en conclusión, una sombra de flechas”. Zaratustra se negó a refutar la observación de su escucha, que era justamente atinada, y asimilando la metáfora de Zinganol, que veía al tiempo como una flecha, aportó este comentario a propósito de la vejez: “En algunos envejece primero el corazón, en otros la inteligencia”. Zinganol, desmenuzando aquellas palabras, descubrió que su edad le era desconocida, que tanto su corazón, atravesado por las incontinencias amorosas, como su intelecto, cultivado con prematura artesanía, habían envejecido paralelamente.

MEDITACIÓN EN LA ALAMEDA (DE LOS DESPRECIADORES DEL CUERPO)

La presumible afinidad entre Zaratustra y su visitante volvió a descoyuntarse cuando éste último recayó sobre el tema de la descendencia. Zinganol, dado a los soliloquios, balbuceó: “Vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros”.

Zaratustra le recriminó, como era de esperarse, que negar la continuidad de la vida empequeñecía al hombre y que su abstencionismo lo degeneraba: “Detrás de tus pensamientos y de tus sentimientos, hermano mío, hay un amo más poderoso, un guía desconocido. Se llama ‘uno mismo’ y habita en tu cuerpo; es tu cuerpo”. Zinganol, desatendiendo las palabras del profeta, reculó: “¿Para qué abastecer el cementerio?” Y Zaratustra volvió a insistir en la importancia de la superación a través de la progenie, pero Zinganol no quiso escucharlo, abstraído como estaba en las sinuosidades de su imaginación. Resignado, el profeta cortó el diálogo diciendo: “Menosprecias aquello a que debes tu autoestima”, y le dio la espalda.

SEMANA MAYOR (DE LOS SACERDOTES)

La apresurada disculpa de Zinganol sorprendió al anacoreta. Hablándole de su misterioso carácter, consecuencia de su vena antisocial, le explicó que sus reacciones eran involuntarias, y que su personalidad se atenía de formalismos. “Yo, en realidad —confesó después—, me considero un sacristán fallido”.

Zaratustra manifestó que nada había mejor que ser un sacristán fallido, puesto que ese fracaso significaba la victoria del instinto sobre la moral. Servir al sacerdote era una labor consecuente para los débiles, no para los virtuosos. La sola mención de un oficiante católico alteraba el pensamiento de Zaratustra, quien aplaudiendo la melancolía de Zinganol, recitó: “¡Esos sacerdotes me inspiran lástima! Me son antipáticos... Me han hecho sufrir y me hacen sufrir... Porque su creencia ordena esto: ‘¡Vosotros, los pecadores, subid los escalones de rodillas!’ En verdad prefiero ver una mirada impúdica que esos ojos azotados por la vergüenza y la devoción”. Zinganol observaba casi con miedo la frenética arenga del profeta, a quien se le incendiaban los ojos como cirios. Sin atreverse a decir nada, se limitó a trazar un enunciado en la plana oscura del silencio: “Los que no sois clericales (¡oh hazaña!) no estáis capacitados para sentir la tragedia de un sacristán...”

LA SONRISA DE LA PIEDRA (DEL CONOCIMIENTO INMACULADO)

Hasta el resquicio de la cueva en que el profeta y su visitante se hallaban empotrados resbaló el filo dentado de un haz lunar. Zinganol no había reparado en la consistencia de la roca sobre la que recargaba su espalda, por lo que, al verla, de su boca brotó esta plegaria, dirigida, quizá, a su ángel guardián: “Depura nuestras almas y enséñanos a fijar en la piedra de la adversidad la sonrisa heroica”.

Zaratustra no pudo contener la risa. Descifró el rostro de su huésped enfrentando la penumbra y dijo pluralizando, como era su costumbre: “Os ofrezco esta parábola, a vosotros los que buscáis ‘el conocimiento puro’. A vosotros os llamo yo lascivos”. Zinganol objetó que la necesidad de pureza no podía ser tachada de inmundicia, y recriminó a Zaratustra diciéndole que, de ser cierta su calificación, él también era lascivo, puesto que se había recluso en aquella cueva buscando la purificación de su alma palurda.

El profeta volvió a reírse, dando a entender que su

sonrisa era tan heroica como la sonrisa que Zinganol evocara en su plegaria. Para ser un héroe, sostuvo, no es necesario dejar de ser hombre. Zinganol argumentó que la pureza de que hablaba se refería a la esterilidad, ante lo cual Zaratustra reviró, en lo que ya parecía un tema inagotable en ambos interlocutores: “¿Dónde hay inocencia?; donde hay voluntad de engendrar. Y el que quiere engendrar algo superior a sí mismo, ese posee, a mi modo de ver, la voluntad más pura”. Zinganol no halló cómo defenderse, y el rayo de luna que alumbraba su rostro se escurrió fuera de la cueva. Su encono, extrañamente, fue sorbido por las tinieblas.

LO SOEZ (DEL AMIGO)

Tardaron días en volver a hablarse. Zaratustra sostenía que el hombre, para ser virtuoso, debía seguir sus instintos, o al menos sublimarlos en un acto de creación que superara sus cualidades. Zinganol, indispuesto a tales escarmientos, se aferraba a la creencia de que el hombre, para ser virtuoso, debía contenerse y encaminar su fe a lo engendrado-nocreado, escapando así al oprobio carnal que el libertinaje deja como importe. Dada la fragilidad de ambos conversadores, el que se atreviera a hablar en adelante o bien apaciguaba el ánimo del otro o bien lo agujonearía con el azadón del disentimiento.

Zinganol fue el que se decidió a retomar la charla, no resistiendo más la aduana de silencio que impedía a sus pensamientos moverse con libertad. Dijo: “Si la ley universal de salvación es la de la línea, ninguna, empero, cae en las aberraciones de la línea humana, trátase de la conducta o de la fisonomía. ¿Existe algún ser más heroico que la mujer en el momento de resistir a la luz?”

Zaratustra cayó en la cuenta de que su convivencia con Zinganol sería imposible. El profeta se puso de pie y, sin dejar de sonreír, desplegó su apreciación sobre la mujer, a sabiendas del efecto que su comentario produciría en la sensibilidad del escucha: “El amor reflexivo de la mujer siempre oculta al lado de la luz la sorpresa, el relámpago, la noche... las mujeres siguen siendo gatas y pájaros. O, en el mejor caso, vacas”. Zinganol restañó: “Pero es que nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer”, ante lo cual el profeta no hizo más que restregarle su debilidad, su carencia de autonomía: “Uno sólo está siempre con exceso alrededor de sí mismo... ¡Siempre acaba uno por hacer dos!”



Zinganol encaró al profeta. Le dijo que, aunque fuesen sus observaciones las más acertadas, él seguiría firme en sus creencias sobre la pureza, la redención por el abstencionismo y la culpa despertada por los pecados no cometidos. Zaratustra siguió con su perorata de sublevación genérica y llegó al punto culminante de revelarle a su escucha el concepto que había acuñado durante su retiro y, sin recogimientos, pronunció una sola palabra: Superhombre. Zinganol, percibiendo un disparate en ese término compuesto, bramó: “Mejor que imaginar un poder sin límites, me complazco en ver, detrás de la rosa de los vientos, la magna faz de Jesús, afligido porque en la obra del Padre se mezcló un demonio soez”.

La provisión de tolerancia que mantenía al profeta en estado de calma se agotó de tajo. Zaratustra carecía ya de la paciencia necesaria para referirle a Zinganol, de nueva cuenta, que eso que él llamaba “demonio soez” era la única particularidad divina de que podía jactarse el hombre, pues en ella residía su poder de creación. Abatido, el profeta se limitó a callar. Sus palabras no echarían raíz en la conciencia de su visitante.

Por lo visto, Zaratustra y Zinganol nunca serían amigos. El profeta repudiaba al Crucificado, mientras que el escucha no podía escapar del abrazo entre llagas laceradas. Tal diferencia no la redimirían siglos de conversación.

En Zaratustra hubo un repentino cambio de ánimo. Se compadeció de Zinganol, ya que, como él, era un solitario. El profeta apoyó sus pies en la boca de la caverna y dijo: “Son demasiadas las profundidades para todos los solitarios. Y por eso aspiran a un amigo y a la altura de un amigo”. Zaratustra creyó haber dado, por fin, en el clavo: Zinganol había acudido a la cueva en busca de un amigo. El profeta continuó: “Nuestra fe en los demás revela lo que deseáramos creer en nosotros mismos, y así nuestro deseo de un amigo es nuestro delator. Y frecuentemente no se quiere, con la amistad, sino saltar por encima de la envidia. Y frecuentemente nos creamos enemigos y nos atacamos para ocultar que nosotros mismos somos atacables”. Zinganol, pese a la elocuencia de lo dicho, afirmó no envidiar a Zaratustra, y corrigió al profeta asegurando que los motivos de su resguardo en aquella caverna eran otros.

LA NECEDAD DE ZINGANOL (DE LOS POETAS)

Zinganol confesó que lo embargaba la tristeza, y que desde hacía tiempo merodeaba sin rumbo fijo llevando entre sus manos la carta que le había escrito el hombre a quien más admiraba, un poeta que respondía al apelativo de Ramón López Velarde. Relató que en un principio compartió ideas con el genio, como aquella de que “la vida es un mal cuarto de hora con algunas instantes deliciosos”. Zinganol liberó un suspiro y se atrevió a referir la patraña de que era un habitante de otro planeta, lo que dejó completamente perplejo a Zaratustra. Luego, retomando lo dicho en las pláticas anteriores, se confesó un embustero. Ninguna de las ideas que había expresado le pertenecían. Todas eran una artera reproducción de lo que Ramón López Velarde había escrito, incluso la historia de su experiencia con la hija del notario.

“Hojeando la Biblia”, prosiguió, me detuve “en las estampas del diluvio, en las que se mira a los naufragos asidos al pico de las montañas”. Ramón López Velarde, dijo Zinganol, pensaba que yo “estaba abrazado al amor como al pico de una montaña”. Zaratustra se enterneció, pues también él estaba abrazado a su filosofía como al pico de una montaña, y más aún, se había injertado en sus entrañas.

Lo que a continuación recordó Zinganol dejó fuera cualquier duda respecto de su afinidad con Zaratustra. Como alguna vez escribió el poeta, dijo, yo elaboraba mi sueño “encima del rebullicio de las gentes, sin calcular que las aguas ascenderían cuarenta codos sobre” lo que él consideraba mi “Himalaya de meditaciones efusivas”. Y ya sin atenerse a las consecuencias de lo que estaba a punto de decir, Zinganol le confesó a Zaratustra que estaba muerto, y que la carta de Ramón López Velarde no era sino un epitafio. El profeta consoló a Zinganol. Le dijo. “Los poetas mienten demasiado”, y luego, bajando la mirada, completó: “Pero Zaratustra también es un poeta”.

Zinganol, para fundamentar su tristeza, leyó la primera línea del documento. Ramón López Velarde le había escrito lo siguiente: “Me da lástima, Zinganol, tu misantropía, que reaccionaba en crisis morbosas en pugna con los principios de mecánica”. Zaratustra comprendió el enunciado, externando que los poetas amaban “con verdadera pasión a los pobres de espíritu”. Zinganol, ya sin sentirse ofendido por la alusión a su temperamento huidizo, siguió con la lectura del epitafio, considerado por su autor como una “diatriba no muy amarga”, saltándose

varios renglones para recaer solamente sobre los que le interesarían escuchar al profeta: “...pero la verdad es que manejabas tus asuntos con un absolutismo anacrónico, que no bastaba a disculpar ninguna de tus infracciones de los usos vigentes. Eras, justamente, mirado de reojo, como todas las naturalezas atrabiliarias... Con un pudor exquisito procurabas que tus prójimos retiraran su dedo meñique de tu corazón. Eras pudoroso, pero no cristiano... La existencia era, para tu criterio, una redundancia, y las razas una vegetación parasitaria... Yo espero que en la serenidad de ultratumba te hayas convencido de que tu conducta no se emparejaba con tu experiencia”.

El profeta interrumpió la letanía de Zinganol vociferando algo molesto: “Ya estoy cansado de los poetas, de los antiguos y de los nuevos: para mí todos son superficiales, todos son mares que se han secado. No pensaron con bastante profundidad y, por lo tanto, no llegaron a lo hondo. Un poco de voluptuosidad y un poco de tedio; a eso se redujeron sus meditaciones... Tampoco son bastante limpios para mí: todos enturbian las aguas para dar la sensación de profundidad... He echado mis redes en sus mares para pescar peces, pero siempre he sacado la cabeza de un dios antiguo”. Zinganol comprendió que el dios antiguo referido por Zaratustra era Cristo en la poesía de Ramón López Velarde. Se sintió diferente, liberado. Su condición de “vagabundo del éter”, como la calificara el poeta, dejó de preocuparle, y aquella carta fatal salió de su memoria, limpiándola de culpas, de penitencias y abjuraciones.

Rayaba el alba fuera de la caverna. Zaratustra se despidió de la visión que, como última prueba de su entrenamiento iluminístico, desapareció mezclándose con el efluvio amarillento del día naciente. Zaratustra salió de la cueva y, enfrentando al sol, pronunció estas palabras: “¡Gran astro! ¿Si te faltasen aquellos a quienes iluminas, cuál sería tu felicidad?”

NOTA: Pese a la aparente consecución de días y noches en que transcurrió el encuentro entre Zinganol y Zaratustra, éste no excedió la duración exacta de sesenta segundos.

Bibliografía

- López Velarde, Ramón (1986). *Obras*. México: Fondo de Cultura Económica.
Nietzsche, Friedrich (1994). *Así hablaba Zaratustra*. México: Editorial Fontamara.